

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

FERNANDO DEBESA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

N° 3905

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1980

¿Quién soy?

Soy un dramaturgo, un hombre de teatro. Es decir, veo la vida en términos dramáticos. Se dice de un ser humano que tiene temperamento dramático cuando percibe lo que ocurre a su alrededor con apariencias de conflicto. Y cuando hechos neutros adquieren para él carácter conflictivo.

¿De dónde surgió en mí ese temperamento? La respuesta obvia sería que vengo por el lado de mi madre de una familia dramática. Mi madre, mi abuela, mis tías abuelas, eran dramáticas. Pero esa respuesta no me satisface. Debe haber algo más, algo más personal. Por eso he intentado explorar en mi infancia, buscando las posibles causas de ese temperamento.

No es, pues, ésta una narración sobre mi infancia y mi formación con anécdotas y hechos pintorescos. No. Es más bien una investigación, una

encuesta, para descubrir lo que me ha llevado a ser un hombre de teatro y un escritor de teatro.

* * *

Mi infancia no está hecha de sensaciones vagas. Mi infancia se concentra en una persona precisa, en un rostro preciso. Mi infancia es mi abuela, y su enorme personalidad llena mis años de niño. Ella era una especie de sol, o al menos a mí me lo parecía. Y como un sol, estaba rodeada de satélites y galaxias que giraban a su alrededor. Mejor dicho, todos los miembros de la familia, las empleadas y aún los parientes lejanos giraban alrededor de misia Alejandrina. A mí me parecía que no tenían vida propia, que tenían vida sólo cuando se acercaban a ella. Y como es el centro de mi infancia, es ella la que coloca la primera piedra de mi personalidad.

¿Y yo? Yo era un pequeño átomo, una ínfima partícula dentro del universo que la rodeaba. Mi ambición, desde que pude darme cuenta, fue la de adquirir importancia frente a ella. Es curioso, pero mi madre y mi padre no contaban para nada en esos años. Lo único que me importaba era

que misia Alejandrina se fijara en mí. Yo debo haber tenido cuatro o cinco años, y ya mi deseo era llamar su atención. Si se le caía un pañuelo, yo corría desahogado a recogerlo. Si ella decía: “Se me quedó el chal en el dormitorio”, yo me lanzaba por corredores y galerías hasta el inmenso dormitorio oscuro, me tropezaba en las alfombras, daba con el dichoso chal y volvía hecho un bólido a ponérselo en los hombros. Si ella me sonreía o me decía “gracias”, yo me sentía feliz. Pero la verdad es que la mayoría de las veces no me decía nada.

Lo que más me mortificaba era oír a misia Alejandrina hablar del “niño”. “El niño” era mi hermano mayor, el mayor de sus nietos, su regálón. Cuando yo llegaba a la galería de la casa en las tardes, entraba con una gran sonrisa y decía: “Buenas tardes, abuelita”. Ella no me contestaba sino preguntaba: “¿Y el niño? ¿No ha llegado el niño?”. Yo, que nunca entendía del todo, miraba a mi alrededor, para ver si había otro niño en la galería. No había ninguno. Entonces decía con timidez: “Soy yo, abuelita”. Ella, con cierta ansiedad en los ojos, comentaba: “¿Se habrá quedado jugando en el colegio? ¿No estará resfriado?”. Yo, per-

plejo, bajaba los ojos y empezaba a recorrer los dibujos de la alfombra. “¿No era niño, yo, entonces?” Le daba muchas vueltas a esa pregunta. Luego suspiraba vencido: “Entonces no soy nadie. No soy nadie”.

La casa en que vivía mi abuela era exactamente el marco que le convenía. Para mí, el edificio, los muebles, las puertas parecían emanar de ella. Me parecía que habían surgido de su interior, de su voluntad. Casa grande en la calle Catedral. Tres patios y huerto. Cada patio con un carácter distinto, con un olor distinto. Y cada uno era el decorado perfecto donde mi abuela se movía y actuaba.

El primer patio estaba pavimentado de losas de mármol grises y blancas, dispuestas en dibujo de ajedrez. Al centro había una gran pila con una escultura de delfines de fierro. En el agua se deslizaban pequeños peces rojos que yo contemplaba durante horas. Aquí y allá había barricas con bambúes, cuyas pequeñas vainas verdes y tiernas yo me comía a escondidas en primavera. Era el patio de los salones. Entrando de la calle por el zaguán, a la derecha, estaba el salón chico, donde mi abuela recibía a las personas de confianza.

A la izquierda del zaguán estaba el salón grande, con muebles franceses tapizados en lam-pás color verde resedá. Mi abuela se sentaba siempre en el mismo sillón, hubieran cuatro o veinte personas. La verdad es que a mí me parecía una reina: alta, fachosa, vestida de seda color beren-jena. Era una especie de director de orquesta con las visitas. Les daba la palabra, sonreía si estaba de acuerdo, ponía cara agria si no le gustaba lo que decían, e incluso llegaba a interrumpirlas y a cambiar bruscamente de tema. Yo, sentado en un pisito en un rincón, contemplaba embelesado el espectáculo. Los gestos de mi abuela, precisos, pe-rentorios, tomaban para mí valor de actitudes li-túrgicas. Su imagen se reflejaba hasta el infinito en los dos grandes espejos de marcos dorados. Yo seguía ansioso las inflexiones de su voz, sus risas, sus suspiros. Porque mi abuela tenía un alfabeto de suspiros para cada ocasión. Y yo me sentía orgulloso de ser uno de los pocos capaz de descifrarlo.

Este salón fue mi primer teatro, y las tardes de visitas fueron mis primeros espectáculos. En todos ellos, siempre, mi abuela fue la primera actriz. O mejor dicho, la protagonista. Y en ese sa-

lón aprendí yo a contemplar. También en ese salón aprendí a sufrir. Porque mi abuela, esa criatura portentosa que giraba y brillaba entre los espejos y ante el auditorio, no me miraba nunca a mí. Y yo, todo ojos ante el espectáculo, sabía que para ella yo apenas existía.

Al lado del salón estaba la sala de música, comúnmente llamada la sala. Era una pieza con mucho encanto, que de hecho pertenecía a mi tía María. Allí asistía yo a otro tipo de contemplación. Mi tía tocaba el piano en la mañana, después de almuerzo y en la tarde. La condición que se me ponía para estar en la sala era la inmovilidad absoluta durante dos horas. Y eso me costaba muchísimo. Pero a veces, atraído por cierta expresión enigmática de mi tía, la seguía y entraba en la sala. Me hundía en un sillón de peluche gris-verde y esperaba lo que iba a suceder.

Ella empezaba con ejercicios, escalas y trinos. Después de un rato largo, sin que yo me diera cuenta de la causa, las notas en el piano tomaban una cierta tensión, una cierta densidad. Era la señal. Poco a poco, de la escala banal pasaba a una frase melancólica, la repetía, la desarrollaba, hasta que con suavidad emergía la Sonata Patética. Y

entonces la expresión de mi tía cambiaba. Todo su ser cambiaba. Se diría que la frase melódica, intensa, se apoderaba primero de sus manos, luego de sus brazos, luego de su cuerpo y de su rostro. Respiraba de otra manera, el pecho le subía y bajaba. La boca se le entreabría y toda clase de suaves exhalaciones y jadeos surgían de ella. Yo, un poco aferrado ante la metamorfosis, me hundía aún más en el sillón de peluche. Mis ojos se suspendían del rostro de mi tía, detallando con minuciosidad cada pequeño rictus o quejido. Y juraría que algo del éxtasis que yo veía en ella se trasladaba a mi propio ser.

Esta contemplación, que tenía lugar una o dos veces al mes, me sumergía en largas reflexiones. ¿Por qué esos sonidos que nacían en las teclas del piano transformaban a mi tía en una forma tan "*interior*"? Así, sin darme cuenta, conocí otro tipo de espectáculos. Aquí, nada de brillo externo, ni movimientos ni gritos. Sino un proceso gradual, en que causas en apariencia secretas provocan cambios profundos en el ser humano. Hoy día, después de tantos años, yo diría que fue mi primera experiencia en los niveles de Chejov.

Al lado de la sala de música estaba el escrito-

rio de mi abuelo, el doctor Marín. Era una pieza imponente, con muebles de nogal estilo Renacimiento y grandes armarios llenos de libros. Le servía de sala de consulta, y a ella llegaban sus clientes. Había clientes de todas clases. Como el doctor Marín era médico de la Sociedad de Dolores y del Patronato de Santa Filomena, llegaba a veces gente muy modesta. Mi abuelo no les cobraba un centavo, lo que indignaba a mi abuela: "Pero Rodolfo... Deberías cobrarles algo... Acuérdate que tenemos ocho hijos..." Pero era inútil. Mi abuelo, que en general cedía ante la imponente personalidad de su mujer, en este punto era intransigente: "Como se te ocurre, Alejandrina. Acuérdate que soy Hermano Tercero Franciscano y que hice promesa formal de no cobrarle a los pobres. No insistas".

Lo gracioso es que una o dos veces por semana llegaban clientes pobres con un regalito: una gallina o una docenita de huevos. Cuando sonaba el timbre de la puerta de calle, mi abuelo adivinaba, por un sexto sentido, quien podía ser. Y desde el escritorio, gritaba: "¡Si es un regalo, que lo devuelvan!". Mi abuela corría a la puerta contestando "Sí, Rodolfo, sí". Y por lo bajo le decía al

hombre o mujer que ofrecía una gallina: "Pase para acá... Gracias". Y con rapidez se deslizaba hacia la cocina, ocultando el paquete detrás de los pliegues de su vestido.

Mi abuelo guardaba en uno de los cajones de su mueble escritorio una caja de latón llena de cubitos de manjar blanco. Si los nietos nos portábamos bien, nos llamaba uno tras otro, y con gran secreto nos regalaba un cubito a cada uno. Entonces, antes de ponerme el dulce en la boca, yo le decía: "abuelito, léame en francés..." Y él, con santa paciencia, buscaba uno de los libros empastados en rojo que llenaban los altos estantes. Los estoy viendo. Eran la Historia de la Revolución Francesa, la Historia del Consulado y del Imperio, escritas por Michelet y por Thiers. Mi abuelo me leía dos o tres minutos, y después me echaba para afuera. Pero yo gozaba con esa doble sensación de placer: el manjar blanco que se me deshacía dentro de la boca, y el oír ese idioma cuya única palabra comprensible para mí era... Napoleón...

Pobre abuelo. Muchos años después de su muerte, he venido a darme cuenta que era un gran sabio, tanto en medicina como en botánica. Pero

adorando a la mujer con quien se había casado y comprendiendo que ella tenía una personalidad formidable, decidió sacrificarse. Se callaba para que ella hablara. Trataba de parecer opaco para que ella brillara. Cuando los hijos le pedían consejo en cualquier materia, él contestaba: “Pregúntenle a la Alejandrina”. Así, poco a poco, el gran sabio pasó a ocupar un segundo lugar en la casa. Creo que mi abuela no se dio nunca cuenta de este sacrificio.

Mi abuelo soportaba con esfuerzo los salones y la vida social. El único lugar donde se esponjaba y brillaba a su manera era el huerto. Allí era el dueño absoluto. Mi abuela se limitaba a decir: “Ese huerto es una verdadera confusión. Pero así le gusta a Rodolfo...” Y él plantaba los árboles frutales donde quería y los macizos de flores en un orden misterioso que sólo él entendía. Lo veo vigilando todas sus secciones, vestido con un guardapolvo color mantequilla. Tenía la pasión de las flores, y le gustaba ensayar cruces de distintas variedades. Trabajó años y años hasta conseguir el lirio negro, el llamado “lirio Doctor Marín”. Yo encontraba que esos lirios oscuros eran muy tristes y prefería los cruces entre rosas. Cuando los hacía,

para concentrarse mejor, me prohibía hablar. Lo veo con una lupa en la mano izquierda y una espátula de madera en la derecha, trasladando con infinita delicadeza el polen de una flor al pistilo de otra. Repetía la operación muchas veces, anotando los detalles en un cuaderno especial. Cuando terminaba y empezaba a guardar sus instrumentos, solía decir en voz muy baja: “Estuvo bien. Vamos a ver que dice Dios ahora...” Entonces yo me lanzaba a hacerle mil preguntas sobre ese fenómeno incomprensible de la fecundación. Y él gozaba contestándome, hasta que se ponía el sol y refrescaba.

* * *

A los cinco años tuve que enfrentar una realidad ingrata. Yo era el tercero de los nietos y el segundo de los hombres. El segundón. Por eso, todas las preferencias iban a mi hermano mayor, desde los grandes pedazos de torta hasta el cariño. Peleábamos mucho. Lo malo es que él siempre me la ganaba. Era más grande y más forzado que yo. ¡Cuánta sangre de narices, cuántos moretones en todo el cuerpo eran el resultado de un juego

cualquiera! Yo corría donde la abuela, haciendo gran ostentación de mis heridas. Y gritaba: "Fue Gonzalo, abuelita. Me pateó en el suelo. Me pegó con el fierro de la cocina". Pero era tiempo perdido. La abuela se limitaba a decir: "Pobrecito. Es tan impulsivo". ¿Se dan cuenta? El "pobrecito" era él, no yo. Entonces, medio llorando, yo sorbía los coágulos de mi sangre con verdadero rencor. Luego la abuela decía: "Estás inmundo. Anda a que te limpie la Juana".

Porque yo, el pobre segundón, tenía una persona enteramente dedicada a mí, que me adoraba: mi mama Juana. A mí me parecía muy vieja entonces, pero supongo que tendría alrededor de sesenta años. Había sido mama de mi madre, es decir había estado en la familia más de treinta años. Puedo decir con absoluta seguridad que mi mama Juana vivía para mí, y yo era un tirano con ella. Me daba perfecta cuenta de sus cualidades. Desde luego tenía el don de la ubicuidad. Se suponía que estaba en la pieza del planchado, ayudándole a la Rita. Pero si en ese momento yo caía al suelo derribado por mi hermano, al segundo siguiente la mama Juana estaba a mi lado, levantándose. Y luego, rápida, antes de que llegara

la abuela o una de las tías, le daba a Gonzalo un tirón de orejas terrible que lo hacía tambalearse. “Toma, le decía, por abusar con el niño. Grandote, matón”. Después me decía: “Vamos pa’ mi pieza. Te voy a dar algo que te gusta”. Y me arrasaba con sigilo a su pieza en el tercer patio.

¡La pieza de la mama Juana! ¡Qué maravillosa sensación de seguridad sentía yo en ella! Ahí estaba a salvo de todo mal. Tenía un olor curioso: mezcla de colchón húmedo con polvos de violeta y algo azucarado, indefinible. Mientras más fuerte había sido la paliza que me había dado mi hermano, con mayor delicia respiraba yo ese aire. Y al entrar el olor en mis pulmones, me sentía reconfortado, lleno de paz. La mama cerraba la puerta con cuidado y luego abría el velador que tenía al lado de la cama. Adentro había dos cosas: abajo estaba la cantora, que a mí me parecía enorme. Y arriba había un paquete de pastillas. Con gran cuidado, la mama llenaba un vaso con agua para mí. Nótese, con agua del jarro de loza del peinador, que no siempre era muy pura. Luego abría el paquete de pastillas y me pedía que eligiera tres. Yo invariablemente elegía las tres de colores más fuertes, como verde-limón, rosado y

azul. Ella tomaba las tres pastillas y las echaba al vaso de agua. Como eran pastillas ordinarias, compradas con seguridad en el almacén de la esquina, se empezaban a deshacer lentamente. Es decir, de cada pastilla empezaba a subir en el agua una nubecilla del color de cada una. Y yo gozaba contemplando el vaso, viendo como la nubecilla verde-limón, la rosada y la azul ascendían en el agua, tomaban formas delicadas, transparentes y terminaban por mezclarse.

La otra mama, la mama Melania, decía que la mama Juana era medio bruja. Yo estoy seguro que no lo era, pero sin duda esta ceremonia de las tres pastillas tenía sobre mí un valor mágico. Toda la humillación y el rencor desaparecían, y me sentía feliz, muy feliz. Mientras las pastillas se deshacían, la mama me limpiaba la sangre de la cara con un trapo mojado no muy limpio. Y me hablaba. O más bien dicho rezongaba. Era una especie de monólogo, medio dirigido a mí, medio dirigido a nadie. Sonaba como un canturreo indio, porque la mama tenía sangre mapuche. ¿Qué decía en su rezongo? Echaba imprecaciones misteriosas contra mí hermano y contra "Esa" que yo suponía era mi abuela. Decía: "Tan mardaoso el

grandote. Pero le va a llegar, no más. Argo le va a pasar. Una grande, por mardaoso. Va a ver. Que tenga cuidado. Dale que dale con el chico. Dale que dale hasta que lo joda, hasta que lo deje tirao en el suelo. Y claro, ésa le da gusto en too. A ésa no le importan na' los demás. Too es pa' él, no más. Y pa' este crío, na'". Entonces me abrazaba, me apretaba entre sus brazos. Mi nariz, metida en el pecho de la mama Juana, sentía olores espesos, adormecedores. Pero me gustaban, me daban una sensación de protección, de fuerza. Así permanecíamos un buen rato, hasta que yo sacaba mi nariz y preguntaba: "¿Y las pastillas? ¿Se habrán deshecho?"

Entonces ella me soltaba y me pasaba el vaso. En el agua flotaban unas nubes grisáceas, con uno que otro borde de los colores brillantes originales. "Tómatela, me decía. Pero no te apurís. Tómatela de a poco, pa' que te haga efeuto". Era una especie de machi araucana cuidando a un enfermo. Y yo me tomaba el vaso de agua. Y el milagro se producía: a medida que tomaba el líquido, los dolores desaparecían y los moretones perdían color, hasta apenas distinguirse. La mama quería retenerme, pero yo ya estaba bien. Me despedía de

ella con apuro y salía corriendo, a jugar de nuevo con mi hermano.

* * *

Un mes antes de cumplir seis años, me ponen en el colegio. En el Liceo Alemán. Es el primer gran vuelco en mi vida. Todo cambia para mí. Descubro el nuevo territorio de los estudios, y me lanzo a él de cabeza. Que maravilloso es aprender a leer y a escribir como el abuelo. Que asombrosa es la historia y la música. En cuanto al idioma alemán, me parece un ejercicio extraño. Decir cosas que no se entienden... Pero ese primer año aprendo a cantar "Hänschen Klein", "Der Kuckuck und der Esel" y otras canciones típicas. Las canto en mi casa y en casa de la abuela. Me doy cuenta que expreso algo incomprensible para los demás, y eso me gusta. Siento que empiezo a habitar un terreno propio, en que yo solo conozco los significados.

El mundito de la casa de mi abuela empieza a verse menos importante al lado de las clases. Y si en esa casa yo no era nadie, aquí siento que empiezo a ser alguien. ¡Qué maravillosa sensación!

El estudio se transforma para mí en una puerta hacia la existencia propia, hacia mi independencia respecto a la abuela. Eso hace que mi afición por el estudio se transforme en pasión.

En este proceso ¿me doy cuenta que al estudiar y sacar mejores notas que mi hermano, estoy obedeciendo a un impulso oscuro de revancha? Entonces no me daba cuenta, pero ahora lo veo claro. Si me propuse llegar a ser el primero del curso, fue para emerger ante mi abuela. Esa fue la poderosa palanca que guió mis estudios. Quizás me guía todavía.

Como mi colegio es el Liceo Alemán, y en esos años todos los sacerdotes son alemanes o austriacos, empiezo a explorar un nuevo mundo racial. Mis compañeros de curso se quejan: "No hay manera de entenderse con estos curas. Son tan distintos de nosotros, tan raros..." Yo pienso de distinta manera. Me atrae esa mentalidad peculiar. Escucho su castellano con acento, sus palabras especiales, sus formas extrañísimas de construir las frases, sus enormes carcajadas, sus violentos accesos de cólera. Poco a poco se construye dentro de mí una Alemania de sueño, que con seguridad nada tiene que ver con el país en

sí mismo. Una Alemania que se va organizando en mí a través de la música y de la disciplina. La música son las canciones de Schubert, Mendelssohn y Brahms, que nos enseñan.

La disciplina es otro asunto. Es la terrible disciplina prusiana, ésa que mis compañeros odian. Pero yo, que soy un niño tímido y acostumbrado al último lugar, me aferro a ella como a una tabla de salvación. La disciplina que nos enseñan los padres alemanes consiste, en esencia, en una sola cosa: en hacer algo cuando conviene hacerlo, sin importar si tenemos ganas o si estamos cansados. Este principio tan sencillo es la negación absoluta de nuestra dejadez chilena, de nuestro hábito de postergar las cosas para mañana. Para mí resulta fácil. Desde luego, en casa de mi abuela no se hacía nunca lo que yo quería, y por lo mismo, yo estaba acostumbrado a hacer lo que *no* quería. De ahí a la disciplina prusiana hay una distancia muy corta. Esa fue mi gran ventaja de segundón.

Además, la disciplina resultó un instrumento útil en mi plan subconsciente para emerger. Yo miraba mi reloj: me doy diez minutos para repasar la lección de historia. O bien: tengo un cuarto de hora para jugar, y después me hundo una hora

en la tarea de matemáticas. Mis “ganas” no contaban para nada. ¿Acaso habían contado para algo en casa de la abuela?

* * *

El éxito en los estudios forma en mí una seguridad especial. El niño tímido se empieza a sentir fuerte. Incluso puedo parecer orgulloso a algunos compañeros. Pero en realidad es una fuerza hecha de debilidad. Todos mis esfuerzos tendían a conseguir al final de la semana el galardón máximo, la tarjeta rosada. Mi hermano no las obtenía, y yo, a través de ese premio, pretendía conquistar a la abuela. Cada sábado llegaba triunfante donde ella y le pasaba mi tarjeta rosada.

Fue una lucha ardua, de cinco o seis años. Al principio ella no hacía el menor comentario. Me miraba al fondo de los ojos, tal vez con un poco de resentimiento. Mi madre, a quien no se le escapaba nada, captó esa mirada. Y empezó a trabajar para ayudarme. Le explicaba a la abuela el valor de la tarjeta, le hablaba de mi éxito en el colegio. Fue, creo yo, gracias a su esfuerzo que la abuela empezó a sonreírme. Primero fue una

sonrisa neutra, pálida. Yo tragaba saliva, decepcionado. Pero poco a poco la sonrisa se fue haciendo franca. Hasta que llegó el día en que me dijo: "Hijito, te debo un abrazo". Fue un abrazo largo, lleno de significado. Yo sentí que dentro de mí, muchas durezas se deshacían. Me invadió una inmensa alegría. ¡Eramos amigos! ¡Por fin éramos amigos!

Es curiosa la personalidad humana. Desde el momento en que mis relaciones con la abuela mejoraron, la herida que yo llevaba adentro debió cicatrizar, borrarse. Pero no fue así. Adoré a mi abuela hasta el día en que murió. Pero la herida quedó dentro de mí para siempre. Mi personalidad se había formado con ella, y ni el matrimonio, ni los hijos ni los viajes han podido deshacerla.

* * *

Hay un lugar especial en el Liceo Alemán, donde se forjan misteriosamente ciertos aspectos de mi personalidad: la capilla. Hoy día ha sido demolida y nada queda de ella. Sólo queda mi recuerdo, que es tan vivo, que podría dibujar sus diferentes rincones. Para mí, ante todo, es el lugar

donde me encuentro conmigo mismo. En la penumbra de la capilla, entre los arcos góticos y a la luz de los vitraux color violeta, yo hablo con los santos y hablo con mi alma. No es misticismo, desde luego. Nada más lejos de mi persona en esos años que la elevación mística. Es una conversación, un diálogo-monólogo con los santos. Los informo de todo lo que me ocurre, les pido consejo sobre lo que debo hacer. Ellos me escuchan con paciencia y yo creo percibir sus respuestas. El hecho es que salgo siempre reconfortado de la capilla.

Un detalle. Jamás fui eso que se llama “un sacristán”. Jamás, en diez años de estudios, ayudé misa. Me costó terribles discusiones con los padres, pero fui testarudo, jamás cedí. ¿Por qué? Porque detestaba el ambiente de los monaguillos, esa especie de confianzudez con los ornamentos, los candelabros, las patenas y los cálices.

* * *

La amistad con mi madre empezó cuando yo estaba en el Liceo Alemán. Antes no fue posible, por la intervención de la abuela. Mi madre se había casado a los diecisiete años y misia Ale-

jandrina la seguía considerando una niña. Todo lo que hacía mi madre con nosotros, sus hijos, era de inmediato desautorizado por la abuela: “Toya, tú no sabes comprar. El vestido que le compraste a la Carmencita por seda, es de algodón. Y los pantalones que le compraste a Gonzalito y a Fernando son de una lana muy ordinaria. De ahora en adelante, yo voy a hacer las compras. Tú me acompañas”.

Y listo. Mi madre aceptó, vencida, y desde ese día perdió toda autoridad sobre nosotros. La queríamos, por supuesto. Pero como a una hermana mayor, no como a una madre. Y ella temblaba delante de las órdenes de la abuela, igual que nosotros.

Pero después, el colegio nos fue dando a los tres hermanos cierta independencia respecto a la abuela. Además, mi madre evolucionó mucho en esos años. Consciente de su debilidad frente a su madre, decidió cultivarse. Y en parte guiada por mi padre, empezó a leer en forma metódica. Prefería los autores rusos, y para comprar sus libros más baratos, iba mucho a las librerías de San Diego. Yo la acompañé muchas veces. Mi madre era entonces una mujer muy bella e inteligente. En las

librerías de San Diego le echaban piropos. Ella, glacial, llevaba la conversación hacia sus autores preferidos, y los librereros comprendían. El hecho es que después de una hora de conversación, volvíamos a la casa con altos de libros de Tolstoi, Turgueniev, Gorki, Dostoiewski y Leonidas Andreiev. Esta literatura rusa cambió a mi madre. Le dio seguridad en sí misma, la independizó frente a misia Alejandrina. Lo cual llegó a causar roces entre ellas. Cuando la abuela invitaba a mi madre a pasar la tarde en su casa, ésta contestaba que tenía otro compromiso. La abuela, despechada, comentaba: “Claro, tendrás reunión con tus rusos”.

Estos libros comprados en San Diego me unieron mucho a mi madre. Ella me permitía leer algunos, pero yo los leía todos. Y el resultado fueron innumerables conversaciones apasionantes entre madre e hijo. Puedo decir que recién entonces descubrí a mi madre. ¡Qué mujer estupenda era! Buena amiga, inteligencia aguda y servicial. Yo no sé si como resultado de la estrecha comunicación de esos años, o simplemente por temperamento, tanto ella como yo nos dimos cuenta que nos parecíamos mucho. Esta sensación se fue agudizando con los años. Después que cumplí veinte, lle-

gué a sentir lo que puedo llamar “identificación” con mi madre. Cuando conversábamos y aún cuando discutíamos, era difícil precisar dónde terminaba ella y dónde empezaba yo. Por eso, todo lo que hice, todo lo que hago, todo lo que haré, está teñido de su personalidad.

Su amor por mí no conocía el menor egoísmo. Después que se casaron mis hermanos, nos quedamos solos, ella y yo. Pero en vez de acapararme, como lo hacen otras madres, me empujaba a ir a fiestas y a tratar muchachas. Hubo un tiempo en que decidí no ir a ninguna parte, a raíz de una grave crisis psíquica. Ella aceptó el hecho y esperó. Esperó cuatro años sin decir una palabra. Pero pasado ese plazo, cuando me llegó una invitación a una fiesta, cambió de actitud y me pidió que fuera. Yo me negué. Entonces ella se enojó y me exigió que lo hiciera. Agaché la cabeza y fui a la fiesta. Allí conocí a la que hoy es mi mujer. Mi felicidad en el matrimonio se la debo a mi madre.

Fue mi madre la que me llevó por primera vez al teatro, cuando yo tenía trece años. Y me gustó tanto, que desde entonces casi no hubo estreno que perdiéramos. Ese teatro era, por supuesto, el teatro de Alejandro Flores, Rafael Frontaura

y Enrique Barrenechea. Al lado de mi madre entré al mundo de Armando Moock, al mundo del “eterno triángulo” de Bernstein y Bataille. Cuando venían buenas compañías españolas, fue del brazo de mi madre que conocí las obras de Marquina, de Benavente, de Alejandro Casona, y después, de García Lorca. Mi madre adoraba el teatro. Anulada durante veinte años por misia Alejandrina, ella soñaba a veces y se veía de actriz. Doña María Guerrero la joven, con quien conversó en una ocasión, quedó impresionada con la belleza tan española de mi madre y le dijo: “Para usted habrá siempre un lugar en esta Compañía”. Frase que atormentó a mi madre durante años.

* * *

A los diecisiete años entro a la Universidad Católica a estudiar arquitectura. Es una revolución total en mi vida. Si el colegio había sido una celda en la cual yo había estudiado con dedicación, en la Universidad la celda estalla y me encuentro trabajando en un espacio sin límites. Si en el colegio yo me había sentido un poco solitario entre compañeros muy distintos a mí, en la Universidad

los miembros del primer año tenemos algo esencial en común: la vocación. ¡Ya no estoy solo, sino rodeado de seres semejantes a mí! Hablan como yo, tienen los mismos gustos, sueñan con los mismos proyectos. Que enriquecimiento el de conversar con ellos, el trabajar con ellos. Como resultado de este hallazgo, una conclusión se impone a mi espíritu: si alguna vez temí existir a medias, ahora sé que existo plenamente.

Además, y en forma simultánea, vivo una crisis interior. He descubierto mi alma y mi cuerpo. Y estos descubrimientos me entusiasman, me vuelven loco. Por primera vez siento la división dentro de mí. Por un lado, quiero entregarme a los demás, disolverme en los demás. Quiero ser sacerdote. Pero al mismo tiempo, exactamente con la misma intensidad, descubro el teatro vivo y la danza, el cuerpo humano en el teatro y la danza. Y quiero ser actor o bailarín.

Ahora puedo hablar con tranquilidad de esa división, pero esos años fueron terribles. Terribles de euforia, de vehemencia, pero también terribles de angustia. A cada minuto del día y de la noche me hacía la misma pregunta: "¿Quién soy yo? ¿Soy un seminarista sin egoísmo, cuyo único fin

es servir a los demás? ¿O soy el actor-bailarín todo egocentrismo, enamorado de mi persona, sin la menor preocupación por los que sufren?

Me juzgaba a mí mismo con una severidad espantosa. En la iglesia, en la mitad de una oración ferviente, me interrumpía para increparme: "Hipócrita, no eres sincero. No amas a los demás a fondo. No podrías morir por los demás". Y en pleno Teatro Municipal, contemplando embelesado un espectáculo de Louis Jouvét o los Ballets Jooss, me decía: "Es maravilloso, pero efímero. En una hora más, este escenario estará vacío, y los actores y bailarines vagarán como sombras en una pieza de hotel".

* * *

Cuando miro hacia atrás y pienso en esos años, me sorprende el que tantas cosas vitales ocurrieran en forma simultánea. Pero ocurrían éstas y otras más. Por ejemplo, viví otro proceso, el de salir de mí mismo. En el colegio, en el Quinto Año de Humanidades, Jaime Eyzaguirre, mi profesor de Educación Cívica, me había entresacado de mi cur-

so para invitarme los fines de semana al fundo de su suegra. Todo un mundo de cultura y amistades se abrió para mí en los tranquilos corredores de San Jorge. Jaime Eyzaguirre tuvo una influencia enorme en mí. A través de él, me hice amigo de sus amigos, todos notables. Cada reunión con ellos, en San Jorge o en la casa de la calle Villavicencio, me abría nuevos horizontes.

Pocos años después conocí al Padre Hurtado. Fue un verdadero choque psíquico. Ahí estaba un hombre inteligente, atrayente, que ardía literalmente como una llama de espiritualidad. Decir que el Padre Hurtado estaba enamorado de Cristo no es una figura literaria. Yo me atrevo a asegurar que él temblaba de amor, había una vibración a la vez física y espiritual por Cristo, que él vivía y nos comunicaba. Yo lo podía percibir en mi propio ser. Por ejemplo en un retiro del Padre, cuando empezaba a hablar de Cristo, la voz le cambiaba. El rostro adquiría una sonrisa de embeleso. Las manos iniciaban gestos de ascensión que se prolongaban en el aire, igual que en los cuadros del Greco. Su voz hablaba con intimidad, y su concentración era tal, que a momentos parecía que no hablaba para nosotros, sino directamente al Bien

Amado. Había instantes cercanos al éxtasis. La boca se le llenaba de saliva y los ojos se le humedecían. Entonces guardaba silencio. ¡Qué silencios eran éstos! Todos temblábamos de fervor. Sentíamos que tocábamos lo invisible con el rostro.

Al lado de estos carismas excepcionales, el Padre Hurtado era un amigo estupendo. Alegre, animoso, nadie se reía con más ganas que él de un buen chiste. Y su lealtad no tenía límites. Cuando yo llegaba a verlo al convento a las siete de la tarde, adivinaba en su sonrisa y su palidez que estaba extenuado. “Vuelvo mañana, Padre. Usted está cansado”. “¡Cómo se te ocurre!, me decía. Ya estás aquí. Tengo muchas ganas de oírte”. Y el pobre se sentaba a escuchar mis estúpidos problemas con gran paciencia.

Un santo, por supuesto. Pero ante todo, un hombre a carta cabal. Que indulgencia maravillosa tenía con los tontos, con los vanidosos, con los malignos. Hice esfuerzos más de una vez para sacarle una palabra de crítica sobre personas que lo perjudicaban en forma grave. Jamás lo logré. El Padre Hurtado no habló nunca mal de nadie por una razón muy sencilla: como amaba a Cristo,

también amaba a sus creaturas, aún a las más indignas.

* * *

Los primeros años de la Universidad fueron muy ricos en experiencias y aventuras artísticas. Nos sentíamos un grupo, con toda la comunicación y la empatía que supone un grupo. Ibamos juntos a conciertos, a funciones de teatro y ballet. La galería del Teatro Municipal era nuestro hogar. Y también nuestra segunda universidad. Sin menospreciar en absoluto lo que se nos enseñaba en la Facultad de Arquitectura, yo diría que nuestra formación le debe mucho a la galería del Municipal. A través de los conciertos de Claudio Arrau, de las representaciones de Margarita Xirgu, de Louis Jouvet, del Ballet Ruso del Coronel de Basil y de los Ballets Joos, nuestro ser recibía clases estupendas sobre composición musical, plástica y dramática, sobre formas de estructuras en el tiempo y en el espacio. Eran clases vivas que se nos grababan en lo profundo de la conciencia. Y también del subconsciente, ya que la música, el teatro y el ballet hacían vibrar nuestra sensibilidad oculta,

ponían en movimientos mecanismos psíquicos que nuestra razón no conocía.

El hecho es que de esas representaciones salíamos transformados. Del Teatro Municipal nos trasladábamos a un café de las cercanías, y allí empezaba la discusión. Todos opinábamos distinto sobre lo que acabábamos de ver. Cada sensibilidad daba una versión personal de cada sonata, ballet, comedia o tragedia. Pero nuestra vocación común hacía de nosotros vasos comunicantes, y de esas discusiones ardorosas, a veces gritadas, nos íbamos formando unos a otros, completándonos mutuamente.

El fondo de todas las discusiones era siempre el mismo: ¿cómo podríamos nosotros, en nuestro medio, realizar algo parecido a lo que hacían esos grandes artistas? Nunca llegamos a conclusiones claras, ya que nuestro objetivo era demasiado ambicioso. Pero el tema nos rondaba con insistencia.

* * *

Caída del cielo vino la iniciativa de nuestro compañero Juan Orrego Salas de fundar el Coro de la Universidad Católica. Acudimos de inmedia-

to a su llamado, aunque no teníamos una formación musical técnica. Pero ensayo a ensayo fuimos aprendiendo los rudimentos, y luego los matices de la interpretación. Así, poco a poco, el Coro se transformó en algo intermedio entre un club y un sancta sanctorum de todos nosotros. Dimos conciertos en Santiago y a lo largo del país, y los lazos que nos unían se fueron fortificando.

Por eso, cuando en 1942, Juan Orrego anunció matrimonio con Carmen Benavente, resultó muy natural que el Coro los despidiera con una representación teatral. Fue lo que hoy día se llama creación colectiva, ya que la compusimos entre varios. Era una especie de auto-sacramental surrealista, en que los personajes —entre mimos y actores— se movían y hablaban con fondos sonoros inesperados, como ruido de máquina de escribir o gárgaras. Tuvo título de auto sacramental. Se llamó “La Arquitectura y la Música disputándose a Juan Orrego”. Yo interpretaba el papel de mi amigo Juan Orrego. El director era Pedro Mortheiru.

A la única presentación de este espectáculo asistieron nuestros profesores de Arquitectura. Y algunos muy estimados por nosotros, como Sergio

Larraín y Mario Valdivieso, se entusiasmaron. Nos dijeron: "Esto es valioso. Ustedes deben continuar". Su cordialidad fue el empujón que necesitábamos. Nos decidimos. Y a comienzo de 1943, con Pedro Mortheiru a la cabeza, Gabriela Roepke, Teodoro Lowey, Roque Esteban Scarpa, Norman Day, Mario Rodríguez, Hipólito Villegas y muchos otros, fundamos el Teatro de la Universidad Católica.

* * *

No es ésta la ocasión para hablar de este Teatro. Sólo deseo anotar lo que él significó para mí. Fue la primera comunidad en la cual me integré para desarrollar mi personalidad. Y como cambié . . . Del niño solitario quedó en apariencia muy poco. Me transformé en un muchacho vehemente, apasionado, que no conocía el cansancio físico: Como los demás, en realidad. Podíamos trabajar catorce o dieciséis horas diarias y terminábamos llenos de energías. Un ensayo podía empezar a las diez de la noche, terminar a las ocho de la mañana, y nosotros irnos a clases como si hubiéramos dormido toda la noche.

El Teatro de Ensayo me dio mucho, en variados niveles. Desde luego yo desempeñé todos los oficios: actor, escenógrafo, diseñador de vestuario, iluminador, traductor de obras y por fin dramaturgo. Además de todos los oficios menores: fui traspunte, apuntador, electricista, utilero. Barrí el escenario muchas veces, y en casos de apuro ayudé a coser trajes para que alcanzaran a estar listos para un estreno.

Quisiera recordar un solo instante de esos primeros años de teatro. Aquel, preciso, en que tomé conciencia de mí mismo y perdí la timidez. Fue en noviembre de 1944, en el primer ensayo general de "El Abanico" de Goldoni, en el Teatro Municipal. Era mi primer trabajo total, con decorados y vestuario. Dispuse todo en el escenario, pedí a los actores que salieran a escena con mis trajes y decidí una iluminación provisoria. Luego bajé a la platea y caminé lentamente hacia el fondo del teatro, dándole la espalda al escenario. Cuando llegué a la puerta de entrada, giré y miré el decorado. Tuve un segundo de perplejidad. ¿Entonces *ésa* era mi obra? Luego la encontré bella. Y recuerdo muy bien que me sonreí. Esa era mi

obra... Era mía... Entonces, yo... Sí, ésa era la prueba definitiva. Yo existía.

* * *

Trabajé once años en el Teatro de Ensayo. Entre medio hubo un viaje a París, donde estudié con Gastón Baty y Pierre Sonrel, dos grandes especialistas del teatro. También tuve cuatro memorables conversaciones con Paul Claudel, y algunas más con Cocteau. Personalidades antípodas, que me influenciaron. A la vuelta a Chile, tuve una crisis psíquica profunda. Tan devastadora, que decidí no ser más escenógrafo. No podía hacer decorados para una comedia si me sentía desgraciado, o para una tragedia si me sentía feliz. Tenía que expresar directamente lo que sentía, sin intermediarios. Fue una decisión importante.

Así empezó mi trabajo de dramaturgo. Escribí una primera obra, que nunca he mostrado a nadie. Luego escribí una segunda, que mostré a muy pocas personas. Después me ocurrió una cosa trascendental: me casé, y con mi mujer partimos a Europa. Fue allí donde tuve mi primera visión teatral inexplicable.

Recuerdo perfectamente el momento. Era una mañana gris de noviembre en París. Yo miraba por la ventana de nuestro dormitorio, en un cuarto piso, hacia afuera, y sólo veía techos y más techos color pizarra. En ese instante empezó a sonar la campana de la iglesia de Saint Germain-des-Près. Y yo, mirando por la ventana, la vi. Vi a Rosenda del Carmen González Tapia en dos momentos de su vida: la vi chiquilla de catorce años, llegando del campo a Santiago a servir en casa grande; y la vi vieja, casi moribunda, rezongando y rengueando. La doble imagen fue tan nítida, tan viva, que se impuso por completo a mi espíritu. Allí mismo empecé a escribir la obra que se iba a llamar "Mama Rosa". De vuelta a Chile, con la obra terminada, la presenté al concurso del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, con el seudónimo "José Rafael". La obra obtuvo el Premio Unico, fue representada bajo la dirección de Agustín Siré, y logró después el Premio Municipal de Teatro.

* * *

Era un nuevo período de mi vida que empezaba. Era el teatro que se apoderaba de mí bajo

una nueva forma, la de la creación total. De entonces hasta ahora, la historia de mi vida está escrita en mis obras teatrales. No en forma abierta, sino en forma oculta, filtrada. Creo que la mayor parte de lo que he escrito, está escrito con mi subconsciente. Mis obras, en apariencia diversas y aisladas, son todas auto-biográficas. Desde "Mama Rosa" y "El Arbol Pepe", pasando por "Bernardo O'Higgins" y "El Guerrero de la Paz", hasta "Primera Persona Singular", "Ca-ta-i-ón" y "La Concubina".

Esta afirmación puede parecer extraña tratándose del "O'Higgins" y de "El Guerrero", clasificadas como obras históricas, y entendiendo por "histórico" aquello que sucedió lejos de nosotros, sin la menor intervención de nuestra psiquis. Debo desilusionar a los que así piensan. Yo elegí el personaje de O'Higgins porque sentí una profunda afinidad con él. Y los que me conocen, pueden descubrir en la obra rasgos y pasiones que son totalmente míos. Lo mismo pasa con "El Guerrero de la Paz". El siglo XVII y la guerra con los araucanos son simples, decorados delante de los cuales se exhibe un alma. ¿La del Padre Luis de Valdivia? No, la mía.

Curioso misterio éste del autor y sus obras.

Yo puedo confesar, a la edad madura en que me encuentro, que todas mis obras cuentan exactamente la misma historia: la de un idealista que lucha contra el mundo y es derrotado. En cuanto a sus protagonistas, Mama Rosa, Miguel, O'Higgins, Luis de Valdivia, don Nono, el Niño o don Floro, son todos el mismo personaje. Y no es el personaje que tienen ahora delante de ustedes, con la cabeza calva y el rostro que se arruga. No. El personaje de todas mis obras es un niño. Sí. Es el niño de la casa de tres patios en la calle Catedral. O mejor dicho, el niño de la mama Juana.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox



EDITORIAL NASCIMENTO